



Universidad de la República

Facultad de Psicología

Trabajo Final de Grado

Febrero 2016



“Verano Adolescente”

Pensando una praxis

Estudiante: Camilo Diconca (4.496.197-1)

Tutora: Prof. Adj. Ma. Julia Perea

ÍNDICE

Introducción	3
Conociendo el contexto: un acercamiento a Ciudad del Plata	4
El Proyecto	8
Adolescencia(s)	14
Buscando alternativas: trabajo grupal y participación adolescente	19
Conclusiones	24

Introducción

Este trabajo final de grado (TFG) presentará una experiencia de trabajo con adolescentes, intentando en el mismo responder a ciertas interrogantes que se fueron planteando tanto en su desarrollo como posteriormente.

La mencionada experiencia se enmarca en el Programa de Practicantes y Residentes de Psicología en Servicios de Salud (PPRSS), convenio establecido entre la Administración de Servicios de Salud del Estado (ASSE) y la Facultad de Psicología de la Universidad de la República (UdelaR). El mismo es iniciado en 2010 y apunta a la incorporación de recursos humanos en los distintos niveles de atención, así como a la formación de psicólogos en distintos servicios de salud, logrando así que dicha formación sea adaptada a las demandas de la población. Concretamente, “su objetivo es desarrollar procesos de formación de psicólogos universitarios que se correlacionen, adecuen y ajusten a las necesidades de la reforma del sistema de salud en nuestro país” (Bianchi, D., De la Cuesta, P., Gandolfi A., Muniz, A.). Esta práctica permite, además, cristalizar e interrogar lo aprendido en el transcurrir de la carrera, en un diálogo dinámico entre la teoría y la práctica.

Se suele entender a la práctica y a la teoría como opuestos pero, así como Descartes instaló la dicotomía mente-cuerpo, entiendo que esta concepción tiende a contraponer dos partes de lo mismo. No hay práctica sin teoría, ni teoría sin práctica. Este trabajo no se trata de una investigación exhaustiva, pero sí pretende brindar un antecedente y aportar a nuestras prácticas y a nuestro quehacer profesional. Para ello, no hay mejor opción que la reflexión y la crítica, porque como dice Isaac Prilleltensky, "no está claro cuáles prácticas promueven el bienestar y qué suposiciones perpetúan la justicia, porque aun con las mejores intenciones podemos causar daño. Entonces, un desafío principal es reflexionar sobre nuestras prácticas e indagar en sus efectos" (Montero, 2004, p 13).

Conociendo el contexto: un acercamiento a Ciudad del Plata

El “Verano adolescente – Jugatelá 2015” fue llevado a cabo en Ciudad del Plata, San José. Entiendo que es fundamental, a la hora de pensar y evaluar cualquier actividad, conocer el contexto en la cual fue llevada a cabo: su historia, su comunidad, su identidad, sus características, las impresiones que nos deja, pues es a partir de allí que podemos empezar a comprender y dar sentido a aquello que acontece. A continuación, se describirá esta ciudad en forma detallada.

Datos territoriales

Ciudad del Plata se encuentra al sureste del departamento de San José y está ubicada al oeste de Montevideo, limitando con el mismo. A su vez, está delimitada hacia el noreste por el Río Santa Lucía, al sur por el Río de la Plata y su extensión comprende desde el puente de la Barra de Santa Lucía en el km 23 de ruta 1, hasta la Villa Olímpica hacia el oeste en el km 35. A lo largo de estos más de 10 km de largo por ruta 1 se distribuyen 19 barrios: Delta El Tigre, Sofima, Villa Rives, San Fernando (localidad en la que se encuentra el Centro de Salud donde estaba inserto), Parque Postel, San Fernando Chico, Parque del Plata, Autódromo, SAFICI, Penino, Monte Grande, Las Violetas, Santa Mónica, Santa María, Santa Victoria, Playa Pascual, Villa Olímpica, San Luis y Marina Santa Lucía.

En total, Ciudad del Plata tiene una extensión que supera las 12. 000 hectáreas, de las cuales más del 80% de la superficie es considerada rural y menos del 30% está ocupado por fraccionamientos urbanos. Asimismo, cerca del 50% de la superficie municipal es de interés para la conservación ambiental.

Para llegar hasta allí desde Montevideo el camino es extenso y a lo largo del mismo se atraviesan zonas muy carenciadas, siendo muy común en el camino percibir olores muy fuertes, producto de la curtiembre e industrias de agroquímicos. Para llegar más allá del km 26, el transporte es inevitablemente caro (hasta el km 26 hay ómnibus de línea), teniéndose que abonar prácticamente la misma suma que desde la capital, incluso dentro del mismo territorio. Esto hace a una accesibilidad pobre y de difícil alcance, que en numerosas ocasiones ha significado un obstáculo en la asistencia de los usuarios tanto al Centro de Salud como a actividades llevadas a cabo en la zona.

Génesis, evolución e identidad

Ciudad del Plata¹, comienza sus primeros poblamientos sobre las décadas del 40-50, razón por la cual comienza a configurarse como espacio habitado poco tiempo atrás. En sus inicios, con fines fundamentalmente agropecuarios, la población fue creciendo sostenidamente, datos que se ven reflejados en el siguiente cuadro (Marsiglia, 2012, p 5)

Año	1963	1975	1985	1996	2004	2011
Población	3.854	11.124	13.512	20.712	26.582	31.146

Como señala Marsiglia, llama la atención el enorme crecimiento que existe en el período 1963-75, donde la población llega casi a triplicarse. Asimismo, se encuentra una anomalía en el crecimiento poblacional en el período 1975-85 que, si bien no cesa, merma considerablemente, lo cual es atribuible al contexto económico, político y social que impuso el régimen dictatorial en aquella época. No es de extrañar que, una vez terminada la dictadura, la zona fuera impulsada por un fuerte trabajo a nivel comunitario:

“En esos años después de la dictadura hubo una gran movilización donde convergen diferentes visiones con un gran altruismo. Íbamos atrás de personas con gran capacidad, yo era uno de los más jóvenes. En el tema de la educación el Viejo Salomón era extraordinario. Disponían de su tiempo, sus contactos. Otro era De Melo por el transporte, vecino del Delta; Sanguinetti del otro lado de la Barra; Berrutti, todos fallecidos. En esos años los médicos eran héroes. La figura del Dr. Beovide; había que convivir con él; un altruismo... Daba sus informes a todos los partidos, trabajaba con una amplitud bárbara” (Marsiglia, 2012, p 40).

De los datos arrojados por la tabla, se desprende que Ciudad del Plata constituye el segundo centro urbano del Departamento de San José, superado en cantidad de habitantes únicamente por la capital departamental San José de Mayo (36.747 hab.), seguido por Libertad (10.166 hab.). Vemos, además, que la diferencia entre la capital y

¹ Hasta 2006 denominada “Rincón de la Bolsa”, fue declarada ciudad a nivel legislativo gracias a la aprobación de la Ley n° 18052 el 25 de octubre de dicho año.

Ciudad del Plata es mínima (poco más de 5.000 habitantes) al mismo tiempo que encontramos una enorme diferencia con Libertad (más de 20.000 habitantes).

Así, en un total de 108.309 habitantes en el departamento, Ciudad del Plata representa casi el 29% de dicha población, es decir, casi un tercio.

Este crecimiento ininterrumpido es adjudicado a las corrientes migratorias tanto del interior del país hacia Montevideo como de Montevideo hacia los alrededores; unos buscando acercarse al centro y otros siendo marginados, pero todos buscando mejores oportunidades. A este respecto, sostiene Marsiglia:

La magnitud del crecimiento de esta zona ha estado asociada a su particular atractivo dada su proximidad con el centro urbano más dinámico del país. La migración, estuvo asociada a dos fenómenos que se reforzaron mutuamente: la migración campo-ciudad que no llega a Montevideo y se asienta en las rutas de acceso, y el afincamiento de pobladores expulsados por la dinámica excluyente de la capital en las últimas décadas” (2012, p7).

En cuanto a la distribución etaria de los principales centros urbanos del departamento, encontramos los siguientes datos:

LOCALIDADES	0-9 años	10-19	20-29	TOTAL	Porcentaje sobre población total de la localidad
Delta el Tigre y Villas	3.798	3.993	2.939	10.730	53%
Playa Pascual	1.061	1.144	1.049	3.254	47%
Libertad	1.455	1.532	1.529	4.516	44%
San José De Mayo	4.899	5.532	4.765	15.196	41%

A partir de esta información, se hace evidente la necesidad de orientar las políticas públicas a la franja de edad que comprende los 0-29 años (niños, adolescentes y jóvenes), sentido que coincide con la propuesta del Programa Nacional de Salud Mental (2011).

Dada su ubicación geográfica y territorial, ha sido muy difícil para los habitantes de Ciudad del Plata crear una identidad y un sentido de pertenencia fuertes. Ubicada en el límite de Montevideo y San José, en sus inicios esta ciudad se vio desatendida por

ambas administraciones, situación que debió ser denunciada por la comunidad, así como la exigencia del acceso a los servicios públicos básicos.

Además, la fluctuación y la movilidad de quienes habitan en Ciudad del Plata, la razón por la que se dan las migraciones y la presencia de la ruta 1, dan la sensación de un lugar “de paso”, haciéndose difícil arraigarse y sentirse parte de. Esto trae como consecuencia que el involucramiento y el compromiso de la comunidad con la misma comunidad se vean debilitados, situación que señalan en entrevista algunos vecinos: “porque claro, cuando el país estaba en crisis, en 2002, todos se acercaban a las ollas populares, todos estaban involucrados, pero ahora que las cosas están mejor nadie aparece”.

Sí existen, sin embargo, fuertes procesos identitarios en aquellos fundadores de Delta el Tigre como de Playa Pascual, barrios que representan los dos extremos de Ciudad del Plata y entre los cuales se visibiliza una gran rivalidad: “le decís a los de Playa para ir a Delta y te dicen que ahí no van ni locos, lo mismo pasa con la gente de Delta” (extracto de entrevista con vecino de la zona).

A pesar de este fraccionamiento, la reciente declaración de la zona como una ciudad y la eventual integración de todos los barrios en la misma, además del sostenido esfuerzo a nivel institucional, comienzan a generar lentamente una identidad común, ya que “esto favoreció el sentirse perteneciente a algo más grande que hoy es reconocido y legitimado por una ley y una consulta popular y que además se asocia a una denominación que ha caído bien y es aceptada en general por la población” (Marsiglia, 2012, p12)

El proyecto

Contextualización y antecedentes: adolescentes a la deriva

Este proyecto surgió como inquietud tanto de profesionales de la salud que trabajaban en la zona, como de la comunidad misma², ya que el cierre de los ciclos académicos deja a los jóvenes y adolescentes sin un lugar ni una actividad de referencia. Ciudad del Plata, limítrofe entre dos departamentos y como decíamos, considerada “zona de paso” (lo que genera muchos conflictos, por ejemplo a nivel administrativo del servicio sanitario, entre tantos otros), hace difícil su administración y la consecuente implementación de las prestaciones y servicios³. Es así, que surge como necesidad dar a los adolescentes un lugar -tanto físico y temporal como simbólico- afin de evitar perpetuar la estigmatización y la automarginación que padecen y, al mismo tiempo, brindar una nueva alternativa en la que ellos sean los protagonistas.

El proyecto se llevó a cabo ininterrumpidamente por el personal del Espacio Adolescente de Ciudad del Plata y otros colaboradores (practicantes y residentes del PPRSS y participantes del mismo proyecto que más adelante se incorporaron a la coordinación, por ejemplo) desde el año 2010 hasta el 2015. En sus inicios fue desarrollado por distintos referentes de la salud y de la comunidad, con el objetivo de formar adolescentes como promotores de salud, los cuales como señalábamos, a medida que pasaban los años y adquirían experiencia, podían pasar a formar parte del equipo de coordinación. La iniciativa tuvo gran éxito en sus comienzos, pero fue decayendo en los últimos años por la partida de la médica de familia, quien sostenía fuertemente el proyecto, así como por el crecimiento y la desvinculación de los adolescentes que, conformes crecían, adquirían nuevas responsabilidades, intereses, tiempos y trabajos y perdían disponibilidad para la tarea. Esta “historia reciente”, significó una revisión y evaluación de la intervención, así como una "reinención" de la misma.

2 Estas categorías son a veces inseparables, porque vecinos son también quienes trabajan en los distintos servicios y sus aportes son -y deberían ser- un insumo de vital importancia en la planificación de las prestaciones.

3 Si bien la realidad del 2010 a la fecha no es la misma, porque se han volcado muchísimos más recursos en la zona, las conflictivas parecen ser las mismas. Esto nos lleva a preguntarnos, ¿se trata en realidad de más recursos o de una mala aplicación, falta de eficacia y coordinación de los servicios?

Nivel de atención

Ubicado en el Primer Nivel de Atención y formando parte de la RAP Metropolitana, el Centro de Salud en el que estaba inserto queda ubicado en la localidad de San Fernando (km. 26 de ruta 1) y trabaja en coordinación con cinco policlínicas periféricas: Policlínica 21 de Setiembre (donde funciona el Espacio Adolescente) en el km 26, Policlínica Delta El Tigre, Policlínica comunitaria de Delta El Tigre, Policlínica "Juana E. Martínez" (ubicada en el km. 31,400) y Policlínica comunitaria de Autódromo.

Este proyecto, como decíamos, fue impulsado por los técnicos referentes del Espacio Adolescente (desde donde fue gestado).

Descripción de la experiencia

Objetivo general del “Verano Adolescente – Jugatela 2015”

Promover la superación de distintos obstáculos y factores de riesgo identificados en la zona (violencia intra y extra familiar, abuso sexual y explotación sexual infantil, consumo problemático de drogas, deserción escolar, pobreza, etc), que atentan contra la integralidad de la salud de los adolescentes, tomando como cimiento el establecimiento de vínculos saludables.

Asimismo, se busca fomentar la participación tanto de los adolescentes de Ciudad del Plata como de diversos actores, instituciones y programas que intervienen en el trabajo con adolescentes a nivel territorial, permitiendo así tanto la apropiación como el descubrimiento de nuevos espacios de pertenencia. Finalmente, se pretende brindar a los adolescentes algunas habilidades, herramientas y conocimientos de forma tal que éstos sean transmitidos tanto entre pares en los espacios cotidianos como hacia la comunidad, con el fin de educar a jóvenes y lograr así que sean multiplicadores y promotores de hábitos y conductas saludables.

Objetivos específicos

- Crear espacios de participación adolescente
- Promover la comunicación y el intercambio intra e intergeneracional

- Trabajar y problematizar contenidos específicos que colaboren con la promoción de salud (uso problemático de drogas, sexualidad, violencia, equidad de género)

Método

La inclusión a este espacio fue abierta, siendo ser adolescente la única condición (en principio de 12-17, pero siendo flexibles). Los mismos podían asistir por cuenta propia o ser derivados intra-equipo. Era coordinado con ellos un encuentro donde la propuesta era planteada y se recababan ciertos datos de interés (edad, teléfono de contacto, adulto referente, afecciones de salud a considerar, etc). Se volvió a invitar también a participantes de años anteriores, a los cuales no se les hizo presentación previa. Como mencionábamos, siendo Ciudad del Plata una ciudad tan atomizada y escindida, y siendo uno de nuestros objetivos la integración y el compartir diversas experiencias, pertenecer a una mutualista no era un criterio de exclusión.

Como eje de la intervención utilizamos la metodología de talleres, los cuales fueron llevados a cabo dos veces por semana (jueves en la tarde y sábados en la mañana en la Biblioteca Municipal, ubicada sobre el km. 26 de Ruta 1 vieja, a medio camino de ambos extremos de la ciudad), en el correr de enero y febrero. Éstos tuvieron una fuerte impronta de lo lúdico-expresivo, así como también talleres con ejes temáticos puntuales (en los cuales se hacía una actividad en conjunto y en un segundo momento se ponía en común lo vivenciado, sentido, pensado, etc.). ¿Por qué usar esta técnica? Pues el taller es

(...) una técnica participativa, abierta y experimental que fomenta la capacidad creativa, reflexiva y expresiva de los participantes sustentada en el hecho de que el individuo es un ser social, que a través de la interacción con sus pares va integrando lo personal a lo grupal y viceversa. (...) A través del uso de esta metodología se desarrolla una autonomía progresiva de los miembros del grupo, a su vez, el grupo explora sus necesidades y toma sus propias acciones” (SAI Programa ARCOIRIS, 2008, p28-29).

Esta modalidad permite, en el compartir con pares, poner en común experiencias y ver diferencias en el pensamiento, las emociones, en la construcción del mundo y la realidad, resignificando así la propia. Permite dar y tomar prestado de otros, escuchar y

ser escuchado, acompañar y sentirse acompañado. Habilita la formación de vínculos y la redefinición de roles que muchas veces les son impuestos en otras esferas de su vida. Además, fueron realizadas actividades puntuales de promoción de salud con la comunidad en Playa Pascual, un intercambio intergeneracional con adultos mayores y el cierre de actividades en el Centro de Salud de Ciudad del Plata con los participantes y sus familiares. El equipo coordinador estaba compuesto por: una nurs y vecina referente en la zona, una estudiante de economía y ex-participante del proyecto, un practicante de psicología y, posteriormente, otro vecino de la zona estudiante de bachillerato, quien ya había tenido participación como coordinador del proyecto. Además contamos con el apoyo de una agente socioeducativa y psicóloga, referente del Espacio Adolescente. El promedio de edad del equipo coordinador no superó los 22 años.

Proceso y actividades

Vinculado a lo mencionado en el apartado anterior, se intentó desde el primer taller hacer a los adolescentes partícipes y protagonistas del espacio. Como han planteado ya algunos autores, el humor resulta en el trabajo con adolescentes, un recurso de máxima utilidad, lo que permite entrar en un ambiente distendido y de confianza, donde sientan la libertad de expresarse, sin un otro que los esté juzgando. En palabras de Marina Tesone (2015), “el humor, el juego y los diálogos en red permiten armar una trama grupal que ofrece a los chicos un espacio intermediario seguro entre el mundo y ellos”. Es también de base entablar vínculos cálidos y de horizontalidad, para lo cual es apropiado ese primer encuentro, que les permite llegar al lugar sabiendo mínimamente con qué y a quién se van a encontrar.

Así, en el primer taller se comenzó con una representación guiada por los coordinadores (la nurs y yo) que progresivamente iba integrando a los participantes a la escena, culminando en una escena en conjunto. Luego se hizo una presentación de cada uno con sus respectivos nombres, con el fin de comenzar a conocernos. Sobre el cierre, se les dividió en subgrupos y se les dio la consigna de escribir expectativas, cosas que les gustaría hacer y pautas de convivencia para el desarrollo de los talleres y actividades subsiguientes. De esta forma se pretendió conocer sus inquietudes, pudiendo así planificar en base a sus deseos y construir una demanda en conjunto. Se buscó así colocarlos en el lugar de protagonistas, habilitándolos a apropiarse del espacio, tomar las riendas del desarrollo y al mismo tiempo reforzar el compromiso con la actividad. Con los mismos fines, desde el comienzo se los invitó a traer dinámicas o juegos que

quisieran realizar. Además de lo lúdico, se realizaron también talleres temáticos donde se trabajó el tema de la autoestima, el trabajo en equipo, la confianza, la problematización del “ser adolescente” y cómo sentían que eran vistos por la sociedad. En el transcurrir se emplearon técnicas lúdicas, siendo uno de los objetivos captar la atención de los participantes e incentivarlos a volver. Además, las herramientas lúdico-expresivas

(...) facilitan, favorecen y estimulan el proceso de estructuración afectivo-cognitiva del niño, niña, adolescente, socializa creativamente al niño, niña y adolescentes así como a los adultos. Remarcamos la importancia de estas actividades de intercambio para estimular y lograr nuevas formas de vincularnos, atendiendo a una concepción de prevención primaria y desde una perspectiva de atención primaria de la salud y considerando como uno de los objetivos el efecto multiplicador en la comunidad (SAI Programa ARCOIRIS, 2008, p90).

Si bien como punto de referencia fue ubicado el km 26, uno de los objetivos era explorar otras zonas y espacios de Ciudad del Plata. Al mismo tiempo, se buscaba volcar lo aprendido y vivido en los distintos talleres hacia la comunidad. Se llegó así a intervenciones en la playa, donde se realizó una actividad de promoción y prevención en salud en la cual, además, se repartieron chalecos a todas las personas que participaron y se sortearon dos cascos⁴ (ambos recursos gentileza de la UNASEV⁵). Como segunda propuesta comunitaria, se visitaron las viviendas de adultos mayores del BPS, donde los jóvenes prepararon una batería de juegos a los cuales los adultos mayores podían acoplarse a su voluntad. En cada base de juego había -por lo menos- un adolescente encargado de llevar adelante el juego. En un momento intermedio los adultos mayores compartieron la merienda y luego, desde la coordinación, se realizó un concurso de preguntas y respuestas con equipos mixtos (de adultos mayores y adolescentes). Este encuentro permitió un intercambio intergeneracional y la posibilidad de “ganar entre

4 En la misma se le brindaba información a los participantes, quienes debían pasar por un terreno de juego contestando correctamente determinadas preguntas realizadas por los adolescentes y, en caso de terminar exitosamente, conseguían el premio.

5 Unidad Nacional de Seguridad Vial.

todos”, compartiendo saberes. Además, despertó muchas sorpresas, dado que algunos jóvenes poco valorados intelectualmente en su contexto respondían preguntas que otros no podían, al mismo tiempo que uno de los adultos mayores, quien había sufrido un ACV (dato que brindó en su presentación) demostró tener un caudal de información amplísimo. De esta forma, las posibilidades de ser “otro que lo esperado”, de sorprender gratamente a los otros, son complementos y motores del crecimiento de la autoestima. Para cerrar el ciclo, invitamos a familiares o allegados de los participantes a una actividad para mostrar lo que se había hecho en el curso del Verano Adolescente. Se hicieron juegos al principio y luego se los invitó a pasar por el “pasillo de la memoria”, donde fueron expuestas las producciones realizadas en los distintos talleres. Al finalizar el pasillo, se proyectó un video repasando lo vivido en esos dos meses. Por último se les entregó un diploma, un CD con el video y se los invitó a plantear opiniones, críticas y propuestas para el año que viene.

Resultados

Es difícil hablar de resultados sin que mi opinión sea contrastada con la de mis compañeros de coordinación. Sin embargo, creo que la satisfacción, la alegría y el orgullo fueron sentimientos compartidos por todos en el equipo. Además, una vez finalizado el proyecto, no se implementó ninguna herramienta de evaluación.

Sin embargo, se puede afirmar que los objetivos fueron cumplidos. Se realizaron todos los talleres previstos, así como las actividades programadas. Al 31 de enero, en el correr de 7 talleres, se contó con un promedio de asistencia de 13 adolescentes (faltando los datos de febrero).

Familiares de los participantes compartieron en el cierre que sus hijos o hermanos llevaban los juegos a sus casas y los jugaban con sus familias y amigos. Frases como “yo le dije a mi madre: llueva, caiga granizo o se acabe el mundo, ¡yo vengo igual!”, o la insistencia al decir reiteradas veces “pero me llaman el año que viene, ¿no? ¡Tienen mi número!”, son señales que nos dan la pauta de lo enriquecedora que puede ser esta experiencia, tanto para quienes participan como para quienes coordinan. Es también un indicador de que esa necesidad, esa demanda planteada existe, y debe ser escuchada y atendida.

Adolescencia(s)

Si el objetivo es hacer una revisión de esta práctica, inevitablemente se debe hablar de la adolescencia. Así, se intentará en esta sección del trabajo, integrar conceptos y miradas de varias corrientes, a los efectos de que la perspectiva sea lo más amplia posible.

En primer lugar, ¿qué entendemos por adolescencia? Krauskopf (2003) plantea que hay tres grandes miradas sobre la adolescencia. Una, que la toma como una transición del mundo infantil al adulto. Otra, más reactiva, que la visualiza en términos de problema y la última, más inclusiva y avanzada, que rescata el potencial y la capacidad de los y las adolescentes como productores y desarrolladores culturales y sociales. La primera, al concebir la adolescencia como una etapa de transición, corre el riesgo de vaciarla de contenido y, en consecuencia, restarle importancia, concentrando sus esfuerzos en la niñez y la adultez. De esta manera, “el reduccionismo del paradigma de etapa preparatoria surge como una postergación de los derechos de los niños y adolescentes, al considerarlos carentes de madurez social e inexpertos. Implícitamente se les niega el reconocimiento como sujetos sociales” (Krauskopf, 1998, p121-122). En segundo lugar, la visión que concentra en la adolescencia múltiples problemáticas, hace que la atención se focalice en conflictivas específicas. Así, es entendida en tanto “adolescencia-problema” (embarazo, delincuencia, drogas, deserción escolar, etc) y se la concibe como tal. Esta forma de concebir la adolescencia podría ser vinculada por ejemplo en nuestro país, al progresivo proceso de criminalización de la juventud, por medio de la cual se busca bajar la ley de imputabilidad. En último lugar, la tercera mirada rescata a la adolescencia y la juventud como pilares en el desarrollo social, sosteniendo que es imprescindible invertir en ellos. Krauskopf (2003) plantea que el Banco Mundial promueve la creación de políticas públicas que contribuyan al desarrollo de destrezas y capacidades de la población juvenil, logrando de esta manera actuar de nuevas maneras y entendiendo que sus posibilidades actualmente no se limitan a las que su familia ofrece, sino también de los recursos sociales de su grupo. Es importante aclarar aquí que, si bien incompatibles entre sí, estas tres visiones coexisten.

Ahora bien, a nivel colectivo, ¿cuál es la representación más corriente de la adolescencia? Si recurrimos al diccionario de consulta más frecuente del habla hispana, el Diccionario de la Real Academia Española (DRAE), define la adolescencia como el “período de la vida humana que sigue a la niñez y precede a la juventud”. Dado que es un diccionario y no una enciclopedia, podríamos entender que una definición tan breve

puede deberse a ello pero, ¿cómo define entonces al niño y al adulto? La RAE define a la niñez como el “período de la vida humana, que se extiende desde el nacimiento a la pubertad”, mientras que define *adulto* como “dicho de un ser vivo: que ha llegado a la plenitud de crecimiento o desarrollo”, y en su segunda acepción del término, como “llegado a cierto grado de perfección, cultivado, experimentado”. Esta forma de concebir la adolescencia correspondería a la primera mirada a la que Krauskopf hace alusión. Vemos cómo la niñez y la adolescencia se definen en tanto etapas necesarias para llegar a ese destino que es la adultez, sin características ni rasgos propios.

Por otro lado, la enciclopedia de edición libre más consultada en internet, Wikipedia, la define así:

La adolescencia es principalmente una época de cambios. Es la etapa que marca el proceso de transformación del [niño](#) en [adulto](#), es un período de transición que tiene características peculiares. Se llama adolescencia, porque sus protagonistas son jóvenes que aún no son adultos pero que ya no son niños. Es una etapa de descubrimiento de la propia identidad ([identidad psicológica](#), [identidad sexual](#)...) así como la de [autonomía](#) individual.

Esta definición, más amplia, si bien comienza a plantear la idea de autonomía, se sostiene sobre el principio de que la adolescencia es una etapa de transición para pasar de un estado anterior menos desarrollado, a otro posterior más desarrollado. No se plantea desde lo positivo, sino desde lo negativo: “que aún no son adultos pero que ya no son niños”, de manera tal que esta etapa de la vida no se define desde el potencial en sí misma, sino en función de otras etapas.

Pero, ¿cómo es vista la adolescencia? ¿Cómo la percibimos? ¿Cómo la interpretamos? Viñar recupera de algunos autores de la Antigua Grecia las siguientes apreciaciones acerca de la adolescencia:

Decía Hesíodo (S VIII aC): “*No veo esperanza para el futuro de nuestro pueblo, en tanto dependa de la frívola juventud de hoy, pues ciertamente todos los jóvenes son increíblemente irresponsables... son demasiado impulsivos y los límites los impacientan*” (2009, p 19).

Tres siglos más tarde, Sócrates sostenía que

“los jóvenes de hoy aman el lujo, están mal educados, desdeñan la autoridad, no tienen ningún respeto por sus mayores y charlan en vez de trabajar. Ya no se ponen en pie cuando un adulto entra en la habitación en donde se encuentran. Contradicen a sus padres, en la mesa se apresuran a engullir los postres, cruzan las piernas y tiranizan a sus maestros” (2009, p 19).

Esta demonización de la juventud (en este caso desplazable también a lo que hoy entendemos por “adolescencia”) parece ser un continuo a lo largo de la historia. Viñar sostiene que este conflicto entre generaciones no radica en uno u otro momento histórico, social o cultural, sino en una tensión entre lo tradicional y lo novedoso. Otro autor que reflexiona sobre este conflicto es el psicoanalista Peter Blos (1981) que habla de la *brecha generacional*, planteando que esta confrontación es un hecho necesario tanto para el desarrollo cultural como para el adolescente. Por definición, el adolescente en su progresivo desarrollo psíquico y cognitivo, comienza a perder la inocencia característica de la infancia y comienza una revisión más crítica de su alrededor, empezando por una independización respecto a la identificación con las figuras parentales y un fuerte acercamiento hacia sus pares, en búsqueda de una construcción propia de la identidad. En palabras de Blos

Es típico de la vida grupal adolescente ser exclusivista, limitada a los pares, o, en términos generales, a los de pareja edad. Sabemos bien qué destacado papel cumplen las relaciones con los pares en el proceso de desapego emocional respecto de la familia. (...) Se sabe desde siempre que los adolescentes participan intensa y apasionadamente en su ambiente global, y en las relaciones con sus pares en particular (1981, p 64).

Por otro lado, el mismo autor hace énfasis en la inestabilidad y la vulnerabilidad psíquicas del adolescente. Plantea que estas características pueden resultar en la materialización de un “desarrollo anormal”, así como en la superación de conflictivas anteriores, siendo la adolescencia la etapa de la vida en la que finalmente se da la estabilización estructural, definiéndose el carácter. A la fragilidad previamente mencionada, se agrega que “los grandes trastornos sociales, sumados al comportamiento irracional endémico entre los jóvenes, han planteado la cuestión de que las instituciones, costumbres y principios morales de la sociedad podrían ejercer una influencia nociva en

la personalidad del adolescente” (Blos, 1981, p 61). A partir de lo dicho, podría considerarse fundamental la creación de espacios de contención y referencia, de reflexión y deconstrucción de la realidad (y porqué no, de sí mismo), especialmente para adolescentes en situaciones de vulnerabilidad y marginación social, cultural y económica.

También se concibe comúnmente a la adolescencia como una crisis de corte transversal en la vida de los individuos. Sin embargo, hay autores que la entienden sí como una época de crisis y de cambios, pero de forma más transicional. Alejandro Klein (2003) retoma a Phillippe Jeammet, quien plantea que la adolescencia no se basa en crisis o cambios abruptos, sino por un carácter más transitorio, de un intercambio constante entre lo que se pierde y lo que se gana. Explica Klein más detalladamente que para Jeammet “la adolescencia sería entonces el intento de resolver el dilema, de cómo, sin renunciar a lo que uno es (los basamentos narcisistas), puede aceptar lo que no tiene (el objeto externo)” (2003, p 74).

Klein refiere también a Erikson por su concepto de *moratoria*, entendiendo que el mismo se sostiene sobre un modelo social capitalista, en el cual el adolescente es conducido hacia un destino que reconstituiría la sociedad. Sin embargo, el mismo Klein critica esta visión, ya que sostiene que

Cabe preguntarse hoy en día, si ese modelo social sigue existiendo. Ya nadie -o muy pocos privilegiados, en realidad-, mantienen un lugar, social y de trabajo, asegurado. Y si hay un grupo etario que en especial, ya no posee un lugar asegurado, es el adolescente” (2003, p 56).

En afirmaciones como esta es donde mejor se ve representado aquello con lo que tanto se insiste en los cursos de grado de la licenciatura de psicología: cada pensador es producto de una época y su contexto. Erikson es un psicoanalista alemán radicado en Estados Unidos y toda su producción corresponde al siglo pasado, mientras que Klein es un psicoanalista y psicodramatista uruguayo contemporáneo, por lo que no sorprenden sus diferencias. De aquí se desprende también que no podemos caer en absolutismos, sea cual sea nuestra disciplina y área de estudio, pues hasta las ciencias más duras han sufrido fuertes sacudidas y modificaciones teóricas. Así, Viñar (2009) plantea que la adolescencia no es estudiada en sí misma, como objeto de estudio aislado, sino que debe ser estudiada en el marco social en el que esa adolescencia se está desplegando.

Introduce además la idea de que “la adolescencia como franja etaria o etapa de la vida, nunca debe conjugarse en singular. Siempre hay una pluralidad de adolescencias en cada tiempo histórico y según el lugar geográfico y social, y por otra parte, son de considerar las diferencias de estilos personales que muestra la diversidad humana” (2009, p 21). Es para salvar la diversidad y singularidad de situaciones que este autor usa el plural (adolescencias), necesario por demás en los contextos que este convenio propone para desarrollar las prácticas.

Finalmente, cabe señalar cómo la mayoría de los autores psicoanalistas que hablan sobre la adolescencia, la miran desde el punto de vista de lo patológico. Más aún, en la práctica, la hegemonía médica y la medicalización de la sociedad, excepcionalmente plantean posturas de trabajo que apunten a la promoción y la prevención en salud. Dice Viñar

Discernir los límites de lo normal y lo patológico en la turbulencia adolescente es una tarea difícil. Mientras los maestros son cautos en hacer diagnósticos y pronósticos, el dispositivo a la moda puede actuar con ligereza y medicalizar, en nombre de la ciencia, lo que andaría mejor sin la intrusión tecnocrática, que estigmatiza con diagnósticos oprobiosos y pronósticos que son amenazas (2009, p 15).

Además, como dice Krauskopf (2003) retomando a Blum, la apreciación que se ha hecho sobre esta forma de intervención, en la cual el foco se centra en lo patológico y los problemas concretos (y podrían agregarse, los síntomas), tiene bajo grado de efectividad en el desarrollo del adolescente e implica un alto costo económico.

A partir de lo planteado y vinculado a mi experiencia, entiendo que la creciente demanda de la población y la escasez de recursos hacen de las terapias “individuales” un dispositivo ineficiente. Entonces, como plantea Klein, “¿cómo se puede mantener un modelo terapéutico basado en una sociedad que ya no existe?” (2009, p 56).

Buscando alternativas: trabajo grupal y participación adolescente

Como fue planteado en el apartado anterior, predomina a nivel general el concepto de que la adolescencia es vista como una de las etapas más problemáticas del desarrollo, generando conflictos a nivel familiar, académico, social, etc. Si aún no se han podido encontrar soluciones o estrategias de abordaje para trabajar con adolescentes, entonces se debería tal vez dejar de centrar la mirada en ellos e interrogarnos a nosotros mismos, pues paradójicamente la “adolescencia problema” podría no ser problema de la adolescencia. Por lo dicho y, agregado a los objetivos del convenio, es necesaria una adaptación de nuestro trabajo a los tiempos que corren, razón por la cual se podría entender, surge como alternativa el *Verano Adolescente*. Cabe aclarar, desde ya, que las apreciaciones hechas sobre grupos hacen referencia a grupos de carácter terapéutico y, si bien el dispositivo que aquí fue presentado no corresponde a dicha clasificación, sí posee ciertas propiedades análogas y transferibles. Además, subrayar que esta práctica no fue llevada a cabo solo ni como profesional, por lo que es requerida cierta flexibilidad con algunos términos sustantivos. Se intentará entonces plantear alternativas tanto sobre el posicionamiento desde el cual es mirada e interpretada la adolescencia, como de cómo trabajar con ellos.

Participación adolescente

En el marco institucional de este trabajo y dado que se trata de una prestación de salud, debería hablarse en primer lugar de cuáles son las condiciones y consideraciones que se han de tomar a la hora de planificar políticas de salud, específicamente en este caso, con adolescentes.

Como señala Dina Krauskopf (2003), la globalización, producto de los avances tecnológicos y la digitalización de la información, si bien es democrática y homogeneizadora, en la práctica no hace más que ensanchar las brechas entre los distintos estratos sociales. De allí plantea que las políticas deben ser “personalizadas”, específicas a cada población, yendo en contra de la universalización de políticas de cualquier tipo. Dice: “en estas condiciones la homogeneidad resta equidad. Se hace necesario reconocer la situación de los adolescentes, saber que son grupos heterogéneos, que requieren políticas diversificadas” (2003, p 9). Uno de los peligros que corren las intervenciones por parte de profesionales es violentar a los usuarios, interpretando desde su lugar y sus condiciones de existencia las necesidades de la población a la que

atienden. Por esto, podríamos considerar fundamental la participación ciudadana a la hora de planificar e implementar políticas públicas, en las cuales haya un intercambio bilateral entre los prestadores y los usuarios. Cabe agregar aquí que cuando se habla de “prestadores”, no sólo nos referimos a prestadores de la salud, sino también de la educación y de otros programas estatales, como se viene planteando a nivel mundial, en una búsqueda hacia la intersectorialidad y un abordaje articulado e integral de las problemáticas. Al respecto, Krauskopf plantea que:

La promoción del desarrollo juvenil no es exclusiva de un solo sector e involucra diversos ámbitos: el ambiente socioafectivo y cultural, el fortalecimiento económico, el aprendizaje de competencias para la vida como aspecto crucial de la educación, el desarrollo del sistema de justicia. El ejercicio de los derechos humanos y la participación social y política requieren de políticas integrales, legislación apropiada, el apoyo de los medios de comunicación y el empoderamiento de la juventud. Esto implica un posicionamiento ético y político, que demanda una revisión constante de las prácticas (2003, p 13-14).

Esto podría implicar al principio una exigencia y un desgaste mayor (ya que supondría un acomodamiento y adaptación mutuos), además de una apertura a poner en evidencia y revisar los atravesamientos institucionales, formativos y académicos -y a menudo los sistemas de valores y creencias-, pero que se vería reflejado en un uso más efectivo, eficiente y comprometido por parte de la población y que, a fin de cuentas, terminaría retornando en un beneficio mutuo. A este respecto, Krauskopf se remite a UNICEF, que explica que las políticas universales “son aquellas orientadas al desarrollo pleno de las capacidades, (...) permiten tomar medidas antes del surgimiento de los problemas, (...) a través del ejercicio de una participación auténtica” (2003, p 10). Si bien empiezan a haber tendencias y postulados instituyentes, el camino en esa dirección está plagado de obstáculos y es sumamente dificultoso de recorrer, ya sea por las trabas institucionales como por las resistencias de los mismos profesionales que operan.

El trabajo grupal

“Yo entiendo que el psicoanálisis no sirve porque a pesar de él, el mundo sigue siendo igual de horrible” dijo -según recuerdo- uno de mis profesores de la licenciatura. Si bien el planteo es cuestionable, como mínimo invita a pensar la dirección a la que apunta

nuestra intervención. El paradigma de “lo individual” está no sólo instalado en las instituciones (que exigen registros de cuántos pacientes fueron atendidos individualmente por mes) sino también en los usuarios (que lo piden y por lo general evaden propuestas de tipo grupal). En los años 60 y 70, plena época de auge en la teorización y producción acerca de lo grupal, irrumpen los regímenes dictatoriales en Latinoamérica, que desprecian e intentan disolver las agrupaciones, por lo que el progreso en esa materia se ve interrumpido. Esta es una posible explicación al fenómeno que hacíamos referencia sobre “lo individual” (dentro de las miles de explicaciones complementarias que pueden haber a esta idea) y es recientemente que resurge y vuelve a producirse sobre lo grupal. Pero, ¿por qué trabajar en grupo? ¿Qué ventajas tiene? ¿Qué habilita?

Uno de los aspectos nucleares del trabajo en grupo son los vínculos. Mientras que en la terapia individual se establece un sólo vínculo (más allá de que en él se depositen y resignifiquen muchos otros), en lo grupal el espectro vincular se hace mucho mayor y permite ver el funcionamiento con otros. Esta red que se construye, de influencias mutuas, apuntalamientos, señalamientos, identificaciones, etc., es mucho más representativa de la vida, pues los vínculos no funcionan de uno en uno, sino que funcionan conectados y afectados entre sí. Esto es fundamental, porque como dice Marina Ravenna, citada por Klein, “(...) la enfermedad psíquica surge de un funcionamiento vincular determinado, por lo tanto sólo podemos enmarcar los criterios de curación desde una transformación de los vínculos y de su potencial disponible” (2003, p 84). En un contexto donde la rigidez, la marginación, la violencia y el maltrato forman parte de lo cotidiano, encontrar alternativas se hace imprescindible. La misma autora propone al grupo como un espacio abierto en el cual haya lugar para las discrepancias y diferentes formas de posicionarse, permitiendo así recuperar cierto grado de autonomía. De esta forma, abrir la posibilidad de poner en cuestión lo “viejo” y fantasear con un “nuevo comienzo”, permite abandonar códigos que ya no son útiles, ofreciendo así una diversidad de modelos identificatorios. Agrega además que “escenas más variadas y diversidad y plasticidad de las modalidades defensivas constituyen entonces índice de cambio” y “la tolerancia a lo incierto, a lo probable, a lo imprevisto, la inclusión del no saber, de la falta, pero también de la curiosidad, del conocimiento y la memoria dan lugar del logro de una mayor autonomía” (Klein, 2003, p 88). De esta forma, en un espacio que inspira seguridad y contención a los participantes, donde se intenta no juzgar sino problematizar y compartir, los adolescentes pueden experimentar

libremente sus “yo posibles”. A este respecto, Violet Oaklander (2008) plantea sobre los niños, pero aplicable también a adolescentes, que el grupo se presta para desarrollar las competencias sociales y emocionales y la imaginación: da a los niños un sentido de pertenencia y aceptación, les ofrece un espacio para expresar sentimientos a veces inexpresados y para experimentar con nuevas conductas, en un ambiente contenedor y amigable.

Se intenta romper con la idea del “yo soy”, con las etiquetas. En una de sus capacitaciones, Marina Tesone planteaba que los adolescentes tienen más consciencia que los niños de las imposiciones ajenas, por lo que fugan, creando un “disfraz” distinto, aparentemente nuevo y hecho a su medida, pero es similar y a veces aún más severo que el anterior. Por eso, el trabajo en grupo intenta deconstruir esos disfraces y, al mismo tiempo, habilitar, jugar, probar. Como dicen Marcelo Percia y Silvia Schlemenson, “pasar por el otro es la oportunidad para interrogarse y rescatarse desde otra mirada” (1997, p 83).

Otro aspecto a tener en consideración sobre el trabajo individual, es que por lo general el vínculo se construye en términos de paciente-terapeuta/adolescente-adulto. De esa forma, todo el potencial que el adolescente puede desplegar, todo aquello que puede producir, se ve limitado. Por el contrario, el contacto con sus pares rompe con la estructura dual y permite “ensayar” un otro y nutrirse de ellos, pues para el adolescente la referencia de un par es mucho más potente que la de un adulto. En palabras de Percia y Schlemenson, “muchas veces temáticas que pueden parecer personales, que atañen a un solo miembro, producen una resonancia simbólica no prevista, que motiva intercambios significativos” (1997, p 23).

El sostenimiento de un encuadre y los acuerdos establecidos, exigen un tiempo de espera al pasaje al acto, promoviendo así la construcción de un pensamiento alternativo frente a los problemas interpersonales, generando otras opciones para la solución de los mismos. De esta forma se mejoran las herramientas de comunicación, debiéndose escuchar y respetar los tiempos de los otros, habilitando el uso de la palabra como recurso mediador y como recurso diferente al pasaje al acto (una de las problemáticas más usuales en esta franja etaria).

Se intenta también en los grupos promover recursos saludables (imaginación, pensamiento, creatividad, cooperación, tolerancia a la frustración, cuidado del otro), además de desarrollar habilidades relacionadas con el auto-cuidado, previniendo así consecuencias físicas y emocionales y la exposición a situaciones de riesgo.

El grupo brinda también un sentimiento de pertenencia que en situaciones en las que la exclusión y la marginación cumplen un rol protagónico en la construcción de la identidad, “pertenecer” es reparador. Ser mirado, ser escuchado, participar, satisface la necesidad de tener un lugar como sujeto y promueve factores protectores internos. Esta participación contribuye al desarrollo de la autonomía y la independencia, conformando en sí misma un fuerte recurso para la prevención del desarrollo de patologías. Idealmente, estas nociones adquiridas en el grupo serían desplazadas a otras esferas de la vida, mejorando la comunicación, la mediación y la construcción de los vínculos. Finalmente, los grupos habilitan lo que Alicia Fernández (2000, p 117) define como *autoría productiva*, es decir el “(...) proceso y acto de producción de sentidos y el reconocimiento de sí mismo como protagonista o partícipe de tal producción. Al sujeto le urge situarse como autor de su pensar, desde allí podrá ir pasando de ser objeto del deseo de otro a ser sujeto de su propio deseo”.

Análisis

A continuación se desarrollarán algunas líneas de análisis vinculadas a la experiencia, pero que no fueron expuestas en las secciones anteriores.

En primer lugar, se evidencia a partir de la descripción de la experiencia, la falta de algún recurso o herramienta para evaluar resultados. No se efectuó ningún cuestionario, entrevista o alguna escala para medir el grado de satisfacción de los participantes, por ejemplo. Los resultados se limitan estrictamente a la interpretación de lo dicho por algunos y por la sensación subjetiva de lo ocurrido. Así, muchas voces no hablaron, mucha información no fue recuperada, insumos de sumo valor a la hora de evaluar experiencias de estas características. Esta falta de rigurosidad metodológica podría deberse tanto a la inexperiencia de quienes llevaron a cabo el proyecto, así como a la falta de sistematización y soporte institucional que le dieran un encuadre y un sostén al mismo. Esto trae como consecuencia que la concreción de este proyecto dependa estrictamente de la voluntad y los conocimientos de quienes lo llevan a cabo, lo cual presenta ventajas y desventajas. Por un lado, permite una gran flexibilidad tanto en su planificación como en su desarrollo, evita la burocracia y logra que cada vez que es llevado a cabo, el proyecto se reinvente, nunca siendo igual a los anteriores. En contraposición, que no haya un marco institucional pone en riesgo su continuidad (este año por ejemplo, no fue llevado a cabo) y la falta de lineamientos y pasos a seguir, puede dar lugar a errores y, lo que es aún más importante, a una falta de revisión de esos errores. Así, la experiencia queda segmentada en aquellos que coordinaron cada edición en particular y no aprenden los unos de los otros, las técnicas no son perfeccionadas ni se tiene la oportunidad de recurrir a documentos para pensar cada *Verano Adolescente*. Todo ese conocimiento, toda esa memoria, toda esa historia queda atomizada en cada coordinador y, como sabemos, la historia si no se comparte, documenta ni es colectivizada, se pierde. Cabe aclarar que esta crítica es estrictamente a nivel metodológico, lo cual no supone necesariamente una falta de respaldo teórico, pues

Estamos en definitiva ante un conocimiento que se inserta en el entramado del saber objetivo y el conocimiento personal; no alcanza el hecho de atenerse a un conocimiento teórico-científico, se hace necesaria además la capacidad de discriminar las complejas características de cada caso en particular (Villoro, 1998). Una intervención (...) adecuada y pertinente se apoya en el conocimiento

científico, pero no se agota en él; involucra saberes atravesados por una cuota importante de sabiduría –conocimiento personal- que posibilita aprehender lo particular y relevante de cada situación y actuar en consecuencia.

La disponibilidad del conocimiento teórico que subyace a las posibilidades de actuación (...), lejos de propiciar derivaciones y dependencias técnicas, debiera actuar a modo de soporte que posibilite la creación de modos novedosos de intervención en la práctica (Moyetta, Valle, Jakob, 2006, p 5).

Ahora bien, ¿cuáles deberían ser los basamentos políticos y éticos sobre los cuales sostener experiencias de este tipo? En primer lugar, como plantea Krauskopf (2003), las políticas -y podrían agregarse además este tipo de proyectos- deben ser adaptadas a cada población. Además de tender a ser universalistas, las políticas públicas presentan otro problema: son elaboradas e implementadas por agentes ajenos a las poblaciones, con historias y contextos distintos, sistemas de valores distintos y recursos socio-económicos y culturales distintos. En general y en particular con jóvenes y adolescentes, la participación y el intercambio deberían ser el eje de las estrategias de abordaje a las problemáticas que se presenten. Como plantea Krauskopf, es necesario hacer partícipes también a los jóvenes, pues disponen de un conocimiento de la realidad del cual los adultos carecen. Así, deberían tomarse los recaudos para evitar las imposiciones, ofreciendo por el contrario alternativas, brindando y construyendo opciones para que elijan los adolescentes. La falta de consideración sobre la opinión adolescente, podría deberse a una medida defensiva ante lo nuevo, dado que se presenta como algo desconocido, pudiendo generar miedo o desconfianza. Al respecto dice Krauskopf que “este se traduce en la rigidización de las posturas adultas frente a la ineffectividad de los instrumentos psicosociales con los que cuentan para relacionarse con la gente joven” (1998, p. 125)

Entonces, ¿qué entendemos por participación adolescente? Según Rajani, la participación se hace efectiva cuando adolescentes y jóvenes aportan de forma activa en procesos y actividades, teniendo la capacidad de decidir, intervenir o influir en las decisiones (Krauskopf, 2003). Esta postura, que por lo descrito concuerda con la del proyecto, promueve el empoderamiento de quienes participan, entendiendo por empoderamiento, según Corona y Morfín, el “... proceso que pretende fortalecer sus habilidades para la toma de decisiones en aquellos asuntos que les afectan y contribuir a que compartan las responsabilidades sobre las decisiones que toman” (Krauskopf, 2003,

p 18). Reconocer los derechos y capacidades de jóvenes y adolescentes, siendo receptivos a sus aportes, permitir el autocuidado y la protección mutua, contribuyen al desarrollo colectivo (Krauskopf, 2003). Así, elegir a qué jugar o qué temáticas trabajar, da también la pauta de que uno puede elegir qué hacer y qué no, ayuda a llegar a consensos y a tolerar frustraciones, al mismo tiempo que se comparte el goce con otros. La participación además brinda reconocimiento, incrementa el autoestima y da sensación de productividad, teniendo así una función tanto individual como colectiva. Sería contradictorio plantear sobre un proyecto que apunta a la promoción de salud, concebir a la adolescencia desde lo patológico. Por ello, debería ser rescatada desde su potencial creativo, motor y apasionado, explotando así la búsqueda por lo nuevo y lo distinto.

Complementariamente, es fundamental en la ejecución de estas prácticas, el respeto a las individualidades, la diversidad y el respeto a la heterogeneidad, oficiando el grupo como mediador (Krauskopf, 2003), lo cual nos lleva a la inclusión. Para luchar contra la marginación y la fragmentación social, se hace necesario integrar e incluir a todos los estratos sociales, ya sea por edad o por nivel socioeconómico. Parecería ser necesario ampliar los horizontes y compartir culturas⁶, conocimientos, padeceres y disfrutes a nivel colectivo, pues por más que así sea concebida, la sociedad como un todo no está separada y los estratos sociales no son independientes, sino que se afectan mutuamente. De allí que a la hora de pensar prácticas como la aquí presentada, debería contemplarse la posibilidad de incluir jóvenes que no pertenezcan necesariamente a un mismo efector de salud, así como no tomar como criterios de exclusión la discapacidad física ni mental, apuntando de esta manera hacia grupos lo más heterogéneos e inclusivos posibles. La inclusión no sería entonces simplemente integrar a los “pobres” al mundo de los “ricos”, ni a las personas con discapacidad al mundo de los “capacitados”, sino construir puentes, compartir y entender las realidades mutuamente, sensibilizándose y empatizando con los otros.

Agregado a lo anterior, las prácticas y políticas públicas deberían ser pensadas de forma integral, pues la educación, la salud, la economía, la cultura, el trabajo, etc, no son áreas separadas unas de las otras, ni se las puede comprender de forma aislada. Por ello, las

⁶ A este respecto, relatan profesionales de la salud de Ciudad del Plata que hace algunos años se hizo en San José un encuentro de jóvenes, al cual debían llevar propuestas desde sus espacios de referencia. En el mismo, mientras que los participantes de San José proponían la instalación de un Mc Donald's en su ciudad, los jóvenes de Ciudad del Plata pedían merenderos y plazas de juego.

intervenciones no deberían ser unidireccionales, sino que habrían de buscar alianzas con otras áreas y elaborar estrategias de abordaje globales: la intersectorialidad. En definitiva, Estado, instituciones y comunidad deberían planificar y trabajar en forma conjunta.

Tal vez toda esta perspectiva pueda resultar un tanto utópica, pero como dijo Fernando Birri en una charla, parafraseado por Eduardo Galeano, “la utopía está en el horizonte. Yo sé muy bien que nunca la alcanzaré. Que si yo camino diez pasos, ella se alejará diez pasos. Cuanto más la busque, menos la encontraré, porque ella se va alejando a medida que yo me acerco. Buena pregunta, ¿no? ¿Para qué sirve? Pues la utopía sirve para eso, para caminar” (Singulars, 2012).

Conclusiones

En suma, la adolescencia implica búsquedas, desconciertos, pasiones, duelos, separación y movimiento, siendo la construcción de la identidad uno de los ejes fundamentales en esa etapa de la vida. En los tiempos que corren, con un acceso casi universal a la información de acceso público de internet, las redes sociales y la invasión de los medios masivos de comunicación, además de la pérdida de las tradiciones familiares, la construcción de la adolescencia se hace mucho más compleja. La digitalización de la información y los avances tecnológicos, además, no hacen más que ensanchar las diferencias entre los diferentes estratos sociales. Los jóvenes y adolescentes de contextos más críticos, deben construirse al mismo tiempo que enfrentan condiciones de existencia sumamente adversas: hambre, pobreza, falta de vivienda o viviendas muy carenciadas, familias numerosas con bajos recursos, violencia, etc. Dado que es en esta etapa de la vida en la que se comienza a cristalizar la personalidad y el carácter, así como el posible desarrollo de patologías, se hace imprescindible buscar alternativas más eficaces y eficientes para las prácticas profesionales y las políticas públicas.

Dado que la progresiva independización respecto a las figuras parentales, genera que la mirada sea corrida hacia sus pares, en búsqueda de nuevos modelos identificatorios, el trabajo en grupo con adolescentes surge como una alternativa sumamente beneficiosa. Estos dispositivos permiten a los adolescentes compartir con pares, sentirse parte de, incrementar su autoestima, promueven la autonomía, el empoderamiento y la construcción de “nuevas identidades”, distinguiéndose de las que muchas veces les son impuestas por otros, descubriéndose más allá de quién es, o de quien le han hecho creer que es. Además, por lo ya mencionado, las intervenciones de los pares tienen un efecto mucho más profundo que las intervenciones de un adulto. Pudiendo ser complementario al trabajo individual, podría decirse que el grupo es una indicación más pertinente para el trabajo con adolescentes, pues rompe con la dualidad adolescente-adulto, habilitando así una diversidad de posibilidades mucho mayor. Sin embargo, dependiendo de cada situación, el encuentro individual puede ser un buen recurso para la posterior incorporación a un grupo.

Por otro lado, a la hora de llevar a cabo prácticas similares a la aquí expuesta, debe tenerse en suma consideración la sistematización de las mismas, la rigurosidad metodológica (siempre con la cuota de flexibilidad que el contexto exige) y el apoyo institucional. Además, requiere de una planificación extensa y adecuada, sostenida sobre el principio de participación, afín de rescatar y reconocer la capacidad creativa y transformadora de los adolescentes, tanto a nivel individual como colectivo.

Finalmente, se concluye que estas experiencias pueden ser un gran aporte al trabajo con adolescentes. Si bien en nuestro país la tendencia de las políticas públicas apunta al desarrollo de estas prácticas, en lo concreto aún son numerosos los obstáculos a nivel institucional y, lo que más nos ocupa y debemos revisar, son nuestras propias trabas académicas y formativas.

Bibliografía

- Blos, P. (1981). *La transición adolescente*. Buenos Aires. Amorrortu editores.
- Fernández, A. (2000). *Poner en juego el saber*. Buenos Aires. Editorial Nueva Visión.
- Jacob, I., Moyetta, L & Valle, M. (2006). *Prácticas en la realidad social: La formación ciudadana y profesional del estudiante universitario*. Recuperado de <https://www.unrc.edu.ar/unrc/academica/pdf/cuadernillo10.pdf>
- Klein, A. (2003). *Escritor Psicoanalíticos sobre Psicoterapia, Adolescencia y Grupo*. Montevideo. Editorial PSICOLIBROS – waslala.
- Krauskopf, D. (1998). *Dimensiones críticas en la participación social de las juventudes*. Fondo de Población de las Naciones Unidas.
- Krauskopf, D. (2003). *Participación social y desarrollo en la adolescencia*. Fondo de Población de las Naciones Unidas.
- Marsiglia, J. (2012). *Informe sobre la problemática social y el desarrollo local*.
- Montero, M. (2004). *Introducción a la psicología comunitaria. Desarrollo, conceptos y procesos*. Buenos Aires. Editorial Paidós.
- Oaklander, V. (2008). *El tesoro escondido: la vida interior de niños y adolescentes*. Santiago de Chile. Editorial Cuatro Vientos.
- Percia, M. & Schlemenson, S. (1997). *El tratamiento grupal en la clínica psicopedagógica*. Buenos Aires. Editorial Miño y Dávila.
- Programa Nacional de Salud Mental. (2011). *Plan de Implementación de Prestaciones en Salud Mental en el Sistema Nacional Integrado de Salud*. Montevideo.
- Real Academia Española. *Diccionario de la Lengua Española*. Recuperado de <http://www.rae.es/>

SAI Programa Arcoiris (2008). Manual para la Erradicación Cultural del Castigo Físico y Humillante.

Singulars. [Decrecimiento]. (30 de agosto de 2012). *Eduardo Galeano: ¿Para qué sirve la Utopía?* [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=GaRpIBj5xho>

Tesone, M. (2015). *Grupos de niños y adolescentes*. Recuperado de <http://marinatesone.com.ar/grupos-de-ninos-y-adolescentes>

Viñar, M. (2009). *Mundos adolescentes y vértigo civilizatorio*. Montevideo. Editorial Trilce.